

ronse estos en sus cargos cuando todavía Ciceron habia de ejercer el consulado por algunos dias, y no le dejaron arengar al pueblo; sino que poniendo sillas en la tribuna, no le dieron lugar ni se lo permitieron, como no fuera solamente para renunciar y abjurar el consulado si queria, bajándose luego. Presentóse pues como para renunciar, y prestándole todos silencio, hizo, no el juramento patrio y acostumbrado en tales casos, sino otro particular y nuevo: que juraba haber salvado la patria y afirmado la república; y este mismo juramento hizo con él todo el pueblo. Irritados mas con esto César y los tribunos, pensaron cómo suscitar nuevos disgustos á Ciceron; para lo cual dieron una ley llamando á Pompeyo con su ejército, á fin de destruir, decian, la dominacion de Ciceron; pero era para este y para toda la república de grandísima utilidad el que se hallase de tribuno de la plebe Caton, para contrarrestar los intentos de aquellos con igual autoridad y con mayor reputacion; porque fácilmente los desbarató, y en sus discursos al pueblo ensalzó de tal modo el consulado de Ciceron, que se le decretaron los mayores honores que nunca se habian concedido, y se le llamó públicamente padre de la patria; siendo él el primero á quien parece haberse dispensado este honor, por haberle así apellidado Caton ante todo el pueblo.

Grande fue entonces su poder en la ciudad; mas sin embargo se atrajo la envidia de muchos, no por ningun hecho malo, sino causando cierto digusto é incomodidad con estar siempre alabándose y ensalzándose á sí mismo: porque no se entraba en el Senado, en la junta pública, en los tribunales, sin oír continuamente hablar de Catilina y de Lentulo. Sus mismos libros y todos sus escritos estan llenos de elogios propios: así es que aun su misma dicción, que era dulcísima y tenia mucha gracia, la hizo odiosa y pesada á los oyentes, por ir siempre acompañada de este fastidio como de un resabio inevitable. Mas sin embargo de estar sujeto á esta desmedida ambicion, vivió libre de envidiar á nadie, acreditándose del menos envidioso con tributar elogios á todos los hombres grandes que le habian precedido, y á los de su edad, como se ve por sus escritos; conservándose la me-

moria de muchos: como por ejemplo, decia de Aristóteles que era un rio con raudales de oro; de los diálogos de Platon, que si Júpiter usara de la palabra, hablaria de aquella manera; y á Teofrasto solia llamarle sus delicias. Preguntado cuál de las oraciones de Demóstenes le parecia la mejor, respondió que la mas larga. No obstante algunos de los que afectan demostenizar, le achacan haber dicho en carta á uno de sus amigos que alguna vez dormito Demóstenes; y no se acuerdan de los continuos y grandes elogios que hace de este hombre insigne; y de que á las mas estudiadas y mas vehementes de sus oraciones, que son las que dijo contra Antonio, las intituló Filípicas. De los hombres que en su tiempo tuvieron fama, ó por la elocuencia ó por la sabiduría, no hubo ninguno al que no hubiese hecho mas ilustre hablando ó escribiendo con sinceridad de cada uno. Para Cratipo el peripatético alcanzó que se le hiciera ciudadano romano, siendo ya dictador César; y obtuvo para el mismo que el areópago decretara y le rogara permaneciese en Atenas para formar la juventud, siendo el ornamento de aquella ciudad. Existen cartas de Ciceron á Herodes, y otras á su propio hijo, encargándoles cultivaran la filosofía con Cratipo. Noticioso de que el orador Gorgias inclinaba á este jóven á los placeres y á las comilonas, le previno que se separara de su trato. Esta carta primera de las griegas, y la segunda á Pelope de Bizancio, parece haber sido las únicas que se escribieron con enfado: en cuanto á Gorgias con razon, culpándole de ser vicioso y disipado, como parece haberlo sido; pero en cuanto á Pelope con pequeñez de ánimo y con ambicion pueril, quejándose de que no hubiera puesto bastante diligencia para que los Bizantinos le decretaran ciertos honores.

De todo esto era causa su vanidad, y tambien de que acalorado en el decir, se olvidara á veces del decoro. Porque defendió en una ocasion á Numacio; y como este despues de absuelto persiguiese á un amigo de Ciceron llamado Sabino, se dejó arrebatado de la cólera hasta el punto de decir: ¡La absolucion de aquella causa, ó Numacio, la conseguiste tú por tí, ó porque yo cubrí de sombras la luz ante les jue-

ces? Elogiando á Marco Craso en la tribuna con grande aplauso del pueblo, al cabo de algunos dias le maltrató en el mismo sitio; y como aquel dijese: ¿Pues no me alabaste poco há? Sí, repuso; pero fue para ejercitar la elocuencia en una mala causa. Dijo Craso en una ocasion que en Roma ninguno de los Crasos habia alargado su vida mas allá de los sesenta años; y como despues lo negase con esta expresion: Yo no sé en qué pude pensar cuando tal dije: Sabías, le replicó, que los Romanos lo oian con gusto, y quisiste hacer del popular. Dijo tambien Craso que le gustaban los estóicos por ser una de sus opiniones que el hombre sabio y bueno era rico: Y mira no sea, le replicó, porque dicen que todo es del sabio; aludiendo á la opinion que de avaro tenia Craso. Pareciase el uno de los hijos de este á un tal Axio, y por esta causa corrian rumores contrarios á la madre de trato con Axio; y como aquel jóven hubiese recibido aplausos hablando en el Senado, preguntado Ciceron qué le parecia, respondió en griego: ἀξιος Κράσσου, que puede ser digno de Craso, ó el Axio de Craso.

A pesar de esto cuando Craso partió para la Siria, queriendo mas tener á Ciceron por amigo que por enemigo, le habló con afecto, y le manifestó deseo de cenar un dia con él, en lo que Ciceron significó tener mucho placer. De allí á pocos dias le hablaron algunos amigos acerca de Vatinio, insinuándole que deseaba ponerse bien con él y entrar en su amistad, porque era enemigo; á lo que les contestó: ¿Pues qué quiere tambien Vatinio venir á cenar á mi casa? Esta era la disposicion de su ánimo respecto de Craso. Tenia Vatinio lamparones en el cuello, y como hablase en una causa, le llamó orador hinchado. Oyó que habia muerto; y sabiendo despues de cierto que vivia: Mala muerte le dé Dios, dijo, al que tan mal ha mentido. Habia decretado César repartir tierras en la Campania á los soldados, lo que era en el Senado muy desagradable á muchos; y Lucio Gelio, ya muy anciano, exclamó: que eso no seria viviendo él; á lo que dijo Ciceron: Esperemos pues, porque el término que pide Gelio no puede ir largo. Habia un tal Octavio, de quien se susurraba que era de Africa, y hablando Ciceron en cau-

sa contra él, como dijese que no le oía: Pues á fe, le replicó, que tienes agujeradas las orejas. Diciéndole Metelo Nepote que mas eran los que habia perdido dando testimonio contra ellos que los que habia salvado con sus defensas: Confieso, le contestó, que en mí hay mas crédito y fe que elocuencia. Era infamado cierto jóven de haber dado veneno á su padre en un pastel, y como se jactase de que habia de llenar á Ciceron de desvergüenzas: Mas quiero eso de tí, respondió, que tus pasteles. Tomóle Publio Sextio con otros por defensor en una causa, y como él se lo quisiese hablar todo, sin dar lugar á nadie, viendo que iba á ser absuelto, porque ya se habia empezado á votar: Aprovéchate hoy del tiempo, le dijo, ó Sextio, porque mañana ya serás un particular. Habia un Publio Cota que queria pasar por juriseconsulto siendo necio y sin talento: llamóle por testigo para una causa, y como respondiese que nada sabia: ¿Crees acaso, le dijo, que te se pregunta de leyes? En una disputa con Metelo Nepote le preguntó este muchas veces: ¿Quién es tu padre, Ciceron? y el por fin le dijo: Esta respuesta te la ha hecho á tí mas dificultosa tu madre: porque parecia haber sido un poco desenvuelta la madre de Nepote, así como él era inconstante: pues renunciando repentinamente el tribunado de la plebe, hizo viaje por mar en busca de Pompeyo; y despues se volvió de un modo mas extraño todavia. Hizo con magnificencia el entierro de su preceptor Filagro, y puso sobre su sepulcro un cuervo de piedra; sobre lo que le dijo Ciceron que habia andado muy cuerdo; pues mas le habia enseñado á volar que á decir. Marco Apio dijo en el exordio de una causa que su amigo le habia pedido que pusiera en ella cuidado, facundia y fe; á lo que le dijo Ciceron: ¿Y eres un hombre tan de corazon de acero que no has de haber hecho nada de lo que te ha pedido tu amigo?

El usar en las causas de estos dichos mordaces y picantes contra los enemigos y contrarios pasa por parte de la oratoria; pero el ofender á cuantos se le presentaban por parecer chistoso le hizo odioso á muchos. A Marco Aquilio, que tenia dos yernos desterrados, le llamaba Adrasto. Siendo censor Lucio Cota, que era notado de gustar demasiado del

vino, pedia Ciceron el consulado, y habiéndole dado sed en la plaza, como se le pusiesen alrededor los amigos mientras bebía: Teneis razon en temer, les dijo, no sea que el censor se vuelva contra mí si ve que bebo agua. Encontrándose con Voconio, que iba acompañando tres hijas muy feas, le aplicó este verso:

Contrario tuvo á Febo este al ser padre.

Habia contra Marco Gelio la opinion de que no era hijo de padres ingenuos, y como en el Senado se esforzase á leer con una voz muy alta y muy clara: No os admireis, dijo, porque es de los que pregonan. Cuando Fausto, hijo de Sila el tirano, que proscribió á muchos á muerte, oprimido de sus deudas por haber malgastado su hacienda, publicó la lista de sus bienes: Mas me gusta esta lista, dijo Ciceron, que las de su padre.

Con estas cosas era molesto á muchos; y á este tiempo Clodio y su faccion se declararon sus enemigos con este motivo. Era Clodio de una de las primeras familias, en los años jóven, y en el ánimo osado y temerario. Teniendo amores con Pompeya, mujer de César, se introdujo ocultamente en su casa disfrazándose con el vestido y demas adornos de una cantatriz. Celebraban las mujeres aquella fiesta y sacrificio arcano, nunca visto de los hombres en casa de César, y no podía ser admitido ningun varon; pero siendo todavía Clodio mocito, que aun no tenia barba, esperó que podria quedar desconocido llegando con las mujeres hasta donde estaba Pompeya; mas habiendo entrado de noche en una casa grande, se perdió en los corredores; y habiéndole visto andar desatentado una sirviente de Aurelia, madre de César, le preguntó su nombre. Precísado á hablar y diciendo que buscaba á Abra, criada de Pompeya, conociendo aquella que la voz no era femenil, gritó y empezó á llamar á las mujeres. Cerraron estas las puertas, y registrándolo todo, encontraron á Clodio que se habia guarecido en el cuarto de la criada, con quien habia entrado. Hizose público el suceso; César repudió á Pompeya; y á Clodio se le formó cause de impiedad. Ciceron era amigo suyo, y en las diligencias relativas á

la conjuracion de Catilina se habia hallado este á su lado, y le habia prestado auxilio; pero haciendo consistir toda su defensa contra la acusacion de aquel crimen en no haberse hallado en Roma al tiempo en que se decia cometido, sino ocupado fuera de la ciudad en unas posesiones distantes, dió Ciceron testimonio contra él, diciendo que habia estado á buscarle en su casa, y le habia hablado de ciertos negocios; y así era la verdad. Mas con todo no parecia que habia declarado en esta forma precisamente por amor á la verdad, sino por ponerse en buen lugar con su mujer Terencia; á causa de que miraba esta con aversion á Clodio por Clodia su hermana, de la que se decia aspiraba á casarse con Ciceron, dando pasos para ello por medio de un cierto Tulo, que era de los amigos mas estimados de Ciceron; y yendo continuamente á casa de Clodia, y obsequiándole esta, como no viviese lejos, dió á Terencia motivos de sospecha; y siendo esta de genio fuerte y dominando á Ciceron, lo precisó á ponerse en oposicion con Clodio, y á atestiguar contra él. Declararon ademas contra Clodio muchos de los primeros y mejores ciudadanos, deponiendo de sus perjurios, de sus suplantaciones de testamentos, de sus sobornos y de sus adulterios. Luculo produjo unas esclavas como testigos de que Clodio habia tenido trato inhonesto con la mas jóven de sus hermanas mientras estaba enlazada con el mismo Luculo; y corria muy valida la opinion de que le tenia con las otras dos hermanas; de las cuales Terencia estaba casada con Marcio Rex, y Clodia con Metelo Celer. Dábanle á esta el sobrenombre de Cuadrancia, porque uno de sus amantes, habiendo puesto en un bolsillo unas piezas de bronce, se las envió queriendo hacerlas pasar por plata; y á la moneda mas pequeña de bronce le llamaban cuadrante; y por esta hermana era por la que mas se hablaba de Clodio. Mas á pesar de todo esto el pueblo se puso entonces de parte de Clodio y contra los testigos y acusadores; por lo cual entrando en temor los jueces, pusieron guardias, y la mayor parte echaron las tablas con las letras borradas y confusas. Sin embargo pareció que eran mas los que absolvian; y se dijo tambien que habia intervenido soborno: así

es que Cátulo, acercándose á los jueces : Vosotros, les dijo, con verdad habeis pedido la guardia para vuestra seguridad, no fuera que alguno os quitara el dinero. Ciceron, diciéndole Clodio que su testimonio no habia merecido fe á los jueces : Antes, le respondió, á mí me han creido veinticinco de ellos, porque estos han sido los que te han condenado; y á tí no te han creido treinta, porque no te han absuelto hasta que han recibido el dinero. César, llamado como testigo, no declaró contra Clodio, ni dijo que su mujer fuese culpada de adulterio; sino que la habia repudiado, porque el matrimonio de César debia estar puro, no solo de la menor accion fea, sino hasta de las sospechas.

Habiendo salido Clodio de aquel peligro, elegido tribuno de la plebe, al punto la tomó con Ciceron; excitando y moviendo todos los negocios y todos los hombres contra él: porque procuró ganarse á la muchedumbre con leyes populares; y á uno y á otro cónsul les decretó grandes provincias: á Pison la Macedonia y á Gabinio la Siria. A muchos de escasa fortuna los asoció á sus miras y tenia siempre á su lado esclavos armados. De los tres que gozaban del mayor poder entonces en Roma, como Craso estuviese en oposicion con Ciceron y le hiciese la guerra, Pompeyo quisiese estar bien con ambos, y César hubiese de partir á la Galia con ejército, Ciceron se bajó á este, sin embargo de que en vez de ser su amigo le era sospechoso desde los sucesos de Catilina, y le rogó que le llevase de legado á la provincia. Concediósele César; y Clodio viendo que Ciceron iba á ponerse fuera de su tribunado, fingió que estaba dispuesto á hacer amistades, y valiéndose de los medios de echar la culpa á Terencia de lo pasado; de hablar siempre de él; de saludarle con afabilidad, como pudiera hacerlo quien no le aborreciera ni estuviera indispuerto con él, quejándose solamente con palabras benignas y amistosas, logró quitarle enteramente el miedo, hasta el punto de desistir de su pretension con César, y volver al manejo de los negocios públicos; de lo que resentido César, dió ánimo á Clodio y apartó á Pompeyo enteramente de Ciceron; y aun declaró con juramento ante el pueblo parecerle que no se habia dado justa y legal-

mente la muerte á Lentulo y Cetego, no habiendo sido antes juzgados: porque este era el cargo y esta la acusacion que á Ciceron se hacia. Constituido pues reo, y perseguido como tal, mudó el vestido, y dejando crecer el cabello, rodaba por la ciudad implorando la clemencia del pueblo. Mas por do quiera se le aparecia en todas las calles Clodio, llevando consigo hombres desvergonzados y atrevidos, que insultando á Ciceron descaradamente por la situacion y traje en que se veia, y tirándole en muchas ocasiones lodo y piedras, se empeñaban en interrumpir y estorbar sus súplicas.

No obstante estos esfuerzos de Clodio, casi todo el órden ecuestre mudó tambien de vestido, y hasta veinte mil jóvenes le seguian, dejándose crecer el cabello, y acompañándole en sus ruegos. Congregado despues el Senado con el objeto de hacer decretar que se mudaran los vestidos al modo que en un duelo público, como lo repugnasen los cónsules, y Clodio corriese con hombres armados á la curia, se salieron de ella muchos de los senadores, rasgando sus ropas y mostrándose indignados. Cuando se vió que aquel triste aspecto no excitó ni la compasion ni la vergüenza, y que era preciso, ó que Ciceron se fuera desterrado, ó que contendiera con las armas con Clodio, recurrió aquel á implorar el auxilio de Pompeyo, que de intento se habia retirado, yéndose á la posesion que tenia junto al monte Albano. Para esto envió primero á su yerno Pison, á fin de que intercediese con él; y despues subió el mismo Ciceron. Cuando lo supo Pompeyo no pudo sufrir que se le presentara, poseido de una gran vergüenza, al considerar que Ciceron habia sostenido en la república por él grandes contiendas, y le habia servido en muchos negocios; pero siendo yerno de César, por complacer á este se desentendió del debido agradecimiento, y saliéndose por otra puerta, evitó la visita. Ciceron, abandonado por él de esta manera, y careciendo de arrimo, acudió á los cónsules: de los cuales Gabinio siempre se le mostró desafecto; pero Pison le hizo mejor recibimiento, exhortándole á salir de Roma sustrayéndose de la violencia y poder de Clodio, y á llevar resignadamente la mudanza de los tiempos, para poder ser otra vez el salvador de la patria, puesta

por inclinacion á él en tales turbaciones é inquietudes. Oida por Ciceron esta respuesta, conferenció sobre lo hacedero con sus amigos, y Luculo era de dictámen que no se moviera porque venceria; pero otros le aconsejaban la fuga, en el concepto de que bien presto el pueblo lo echaria menos, luego que no pudiera aguantar las locuras y furors de Clodio. Este fue el partido que adoptó Ciceron, y subiendo al Capitolio la estatua de Minerva que tenia trabajada en casa mucho tiempo habia, y á la que daba gran veneracion, la consagró á la Diosa con esta inscripcion: *A Minerva, protectora de Roma.* Valióse de algunos de sus amigos para que le acompañaran, y á la media noche salió de la ciudad, haciendo su viaje á pie por la Lucania con deseo de verse en la Sicilia.

Quando ya se supo de cierto que habia huído Clodio hizo dar contra él decreto de destierro y promulgar edicto, por el que se le vedaba el agua y el fuego, y se mandaba que nadie lo recibiera bajo techado á quinientas millas de Italia. A muchos no les servia de detencion este edicto para dar muestras de respeto á Ciceron, para obsequiarle y para acompañarle; pero en Hiponio, ciudad de la Lucania que ahora se llama Vibon, el siciliano Vibio, que habia disfrutado en muchas cosas de la amistad de Ciceron y en el consulado de este habia sido nombrado prefecto de artesanos, no le admitió en su casa, y solo le indicó una posesion, á la que podria acogerse; y Cayo Virginio, pretor de la Sicilia, á quien Ciceron habia hecho tambien grandes favores, le escribió que no tocara en aquella isla. Desconcertado en sus planes con estos desengaños, se dirigió á Brindis, y pasando de allí con viento hecho á Dirraquio, como durante el dia soplase viento contrario de mar, regresó al punto, y otra vez volvió á dar la vela. Se dice que en esta travesía, quando ya estaba para saltar en tierra, hubo á un tiempo terremoto y retirada de las aguas del mar; sobre lo que pronosticaron los agoreros que no seria largo su destierro, porque aquellas eran señales de mudanza. Visitábanle muchos por afecto, y las ciudades griegas competian unas con otras en demostraciones; pero á pesar de eso siempre estaba desconsolado y triste, teniendo,

como los enamorados, puestos los ojos en la Italia, y mostrándose demasiado abatido y con apocado ánimo en aquel infortunio; lo que nadie habria esperado de un hombre de su instruccion y doctrina, que muchas veces rogaba á sus amigos no le llamaran orador sino filósofo; porque la filosofía la habia elegido por ocupacion, y la oratoria no la empleaba sino como un instrumento útil en el gobierno. Decia asimismo que la gloria era propia para borrar en el alma, como si fuera una tintura, todo buen discurso, inoculando en los que mandan todas las pasiones de la muchedumbre, con la conversacion y el trato, á no estar el hombre muy sobre sí, para que quando se entrega á los negocios, tome sí parte en estos, pero no en las pasiones y afectos que van con los negocios.

Clodio, luego que alejó á Ciceron, quemó sus quintas y le quemó la casa, edificando en el sitio el templo de la Libertad. Quiso vender asimismo su hacienda, haciéndola pregonar todos los dias, porque nadie se presentaba á hacer postura. Terrible con estos hechos á los del Senado, y asistido del favor del pueblo, ya ensayado por él á la insolencia y al desenfreno, asestó sus tiros contra Pompeyo, empezando por desacreditar algunas de las disposiciones tomadas por él en el ejército. Perdió con esto de su opinion, y ya se reprendia á sí mismo de haber abandonado á Ciceron; por lo que arrepentido trabajaba por todos medios en procurar su vuelta por sí y por sus amigos. Oponíase Clodio, y el Senado decretó que no se daria curso á ningun negocio público, ni se aprobaria nada mientras no se acordase la vuelta de Ciceron. En el consulado de Lentulo tomó tal incremento la sedicion que los tribunos de la plebe fueron heridos en la plaza, y Quinto, el hermano de Ciceron, quedó tendido entre los cadáveres por muerto. Empezó ya con esto á desengañarse el pueblo, y siendo el tribuno Anio Milon el primero que se atrevió á llevar al tribunal á Clodio por causa de violencia pública, muchos acudieron á ponerse al lado de Pompeyo, así de la plebe como de las ciudades comarcanas. Presentóse con estos, y arrojando á Clodio de la plaza, dispuso que pasaran á votar los ciudadanos; y se dice que nunca se vió una

votacion del pueblo tan uniforme. Yendo el Senado á competencia con el pueblo, decretó que se dieran las gracias á todas las ciudades que habian obsequiado á Ciceron durante su destierro, y que sus quintas y su casa, arrasadas por Clodio, fueran de nuevo levantadas á expensas del erario. Volvió Ciceron á los diez y seis meses de destierro, y fue tanto el gozo de las ciudades, y tal el ansia y esmero que en recibirle ponian los habitantes, que aun anduvo corto el mismo Ciceron cuando dijo que tomándolo en hombros la Italia, lo habia traído á Roma. El mismo Craso, que habia sido enemigo de Ciceron antes del destierro, salió tambien entonces á recibirle y se reconcilió con él, en obsequio, decia, de su hijo Publio, que era uno de los admiradores de Ciceron.

Habia aun corrido poco tiempo, y valiéndose de que Clodio se hallase fuera de la ciudad, subió Ciceron con algun acompañamiento al Capitolio, y echó por el suelo é hizo pedazos las tablas tribunicias, que eran los registros de las operaciones de los tribunos. Increpóle sobre esto Clodio; y respondiéndole Ciceron que habia sido contra ley el que de los patricios hubiera pasado al tribunado de la plebe, y que por tanto no debia tener valor nada de lo hecho por él, se ofendió de esta respuesta Caton y la contradijo, no porque se pusiese de parte de Clodio, ó dejase de estar mal con sus tropelías; sino por parecerle duro y violento que el Senado decretase la abrogacion de tantas y tales determinaciones y decretos; entre los que se contaba el encargo que el mismo Caton habia desempeñado en Chipre y Bizancio. Desde entonces conservó con él Ciceron cierta indisposicion, la cual sin embargo no pasó nunca á hecho ninguno público, ni á otra cosa que á tratarse con cierta tibieza.

Sucedió despues que Milon mató á Clodio; y siguiéndosele causa de homicidio, nombró por su defensor á Ciceron. El Senado por temor de que puesto en riesgo un hombre ilustre y altivo como Milon, se moviera algun alboroto en la ciudad, permitió á Pompeyo que presidiera este y otros juicios, procurando tranquilidad al pueblo y seguridad á los jueces. Guarneció este antes del dia la plaza y todas sus avenidas con soldados, y Milon, recelando que Ciceron, turbado con

aquel nunca usado espectáculo, podria estar menos feliz en su discurso, le persuadió que haciéndose llevar á la plaza en litera, esperara allí tranquilamente hasta que se hubiesen reunido los jueces y se llenase la audiencia. Mas él, á lo que parece, no solo no era muy osado entre las armas, sino que hablaba siempre en público con miedo, y con dificultad se vió libre de la agitacion y el temblor, hasta que á fuerza de esta clase de contiendas su elocuencia adquirió firmeza y asiento. Aun así, defendiendo á Licinio Murena, acusado por Caton, con el empeño de exceder á Hortensio, que habia sido muy aplaudido, no descansó un momento en toda la noche, y quebrantado con el demasiado estudio y la falta de sueño, fue tenido por inferior á aquel. Entonces pues, saliendo de la litera para la causa de Milon, al ver á Pompeyo sentado en el tribunal como en un ejército, y toda la plaza alrededor llena de resplandecientes armas, se asustó sobremanera, y con gran trabajo pudo empezar á hablar, temblándole todo el cuerpo y con la voz entrecortada; cuando el mismo Milon asistió al juicio con arrogancia y serenidad, sin haber querido dejarse crecer el cabello ni tomar el vestido de duelo; lo que parece no haber sido la menor causa de que se le condenase. Mas en esta ocasion antes se acreditó Ciceron de buen amigo que de tímido y cobarde.

Hízosele del número de aquellos sacerdotes que los Romanos llaman augures en lugar de Craso el joven, despues de haber este fallecido á manos de los Partos. Tocándole despues por suerte en la distribucion de las provincias la Cilicia con un ejército de doce mil infantes y dos mil y seiscientos caballos, se embarcó para pasar á ella; llevando tambien el encargo de reducir la Capadocia á la sumision y obediencia del Rey Ariobarzanes. Compuso y arreglos negocios á satisfaccion de todos, sin necesidad de recurrir á las armas; y viendo á los de Cilicia inquietos y desasosegados con el descalabro experimentado por los Romanos en la guerra de los Partos y con las novedades de la Siria, los trajo al orden con usar de blandura en su mando. No recibió dones algunos aun de los mismos Reyes, y quitó aquellos convites que eran de estilo en las provincias. A los que le honraban y favorecian los

obsequiaba teniéndolos á su mesa y dándoles de comer, no con lujo, pero tampoco con escasez y mezquindad. Su casa no tenia portero, ni nadie le vió tampoco sentado; sino que desde muy temprano en pie, ó paseándose delante de su cuarto, recibia á los que iban á visitarle. Dicese que no castigó á ninguno ignominiosamente con las varas, ni le rasgó la ropa, ni por enfado le dijo una mala palabra, ó le impuso multa que pudiera injuriarle. Encontró que gran parte de los caudales públicos habian sido usurpados; y poniendo en ellos orden, hizo que las ciudades floreciesen, sin que por eso los que tenian que pagar fuesen vejados ni molestados, ni dejasen de conservar su estimacion. Tambien tuvo que hacer la guerra, derrotando unos adueros de ladrones que tenian sus guaridas en el monte Amano; con cuyo motivo fue de los soldados saludado Emperador. Pidióle á esta sazón el orador Cecilio que le enviara leopardos de Cilicia para cierto espectáculo; y él, aludiendo con alguna jactancia á los hechos de esta guerra, le escribió que ya no los habia en la Cilicia, habiendo huido á la Caria incomodados de que á ellos solos se les hiciera la guerra, cuando todo lo demas estaba en paz. Al retirarse de la provincia pasó algun tiempo en Rodas, y tambien con gran placer se detuvo en Atenas por el deseo de sus antiguos estudios. Trató pues á los hombres mas célebres de aquel tiempo por su sabiduría; saludó á sus amigos y conocidos; y admirado de la Grecia, segun su sobresaliente mérito, volvió á Roma á tiempo que las agitaciones de la república, como por tutor próximo á reventar, estaban á punto de romper en la guerra civil.

Habiéndosele decretado el triunfo, dijo en el Senado que le seria muy dulce seguir á César en la pompa despues de hechas las paces; y en particular daba consejos á César escribiéndole continuamente é interponia ruegos con Pompeyo, procurando templar y apaciguar á uno y á otro. Mas cuando ya llegó el caso del rompimiento, y viniendo César contra Roma, Pompeyo no le aguardó, sino que abandonó la ciudad y con él muchos y muy principales ciudadanos: habiéndose decidido Ciceron á esta fuga, se creyó que abrazaba el partido de César. Y no tiene duda que estuvo bata-

llando consigo, y meditando mucho sobre á cual de los dos se inclinaria: porque escribe en sus cartas: ¿A qué lado me volveré cuando Pompeyo tiene para la guerra el motivo mas glorioso y honesto; pero César se ha de conducir mejor en esta terrible crisis, y ha de saber hacer mas por su salud y por la de sus amigos? de manera que sé de quien he de huir, mas no á quien me estará mejor el acogerme. Escribióle en esto Trebacio, uno de los amigos de César, diciéndole que segun el dictámen de este, debia ser de su partido, y entrar á la parte en sus esperanzas; pero que si por la vejez no queria correr peligro, podia retirarse á la Grecia, y allí esperar tranquilamente los sucesos, apartándose de ambos; y picado de que el mismo César no le hubiese escrito, respondió enfadado, que no haria nada que no correspondiese á su anterior conducta pública. Esto es lo que se lee en sus cartas.

Así cuando César marchó á España, él al punto se embarcó para ir en busca de Pompeyo; y fue de todos muy bien recibido, sino solamente de Caton, quien le hizo graves reconvencciones por haberse adherido al partido de Pompeyo; porque decia que al mismo Caton no le habria estado bien el abandonar el partido que eligió desde el principio; pero que Ciceron podia haber sido mas útil á la patria y á los amigos, si permaneciendo en Roma, hubiera tirado á sacar partido de los sucesos, y no que ahora neciamente y sin ninguna necesidad se habia hecho enemigo de César, y se habia venido á meter en medio de tan gran peligro. Estas observaciones hicieron á Ciceron mudar de modo de pensar, y tambien el no haberle empleado Pompeyo en nada de importancia; pero de esto último él tenia la culpa con no negar que estaba arrepentido; con desacreditar las disposiciones de Pompeyo; con vituperar en las conversaciones todos sus proyectos, y con no poderse contener de chistes y burlas pesadas contra los mismos que participaban de su suerte; pues andando él siempre triste y con ceño por el campamento, queria hacer reir á los que no estaban para ello; pero será mejor referir aquí algunos de aquellos inoportunos chistes. Presentó Domicio para que fuese admitido entre los

gefes á uno que era militar, y diciendo para recomendarle que era hombre de arreglada conducta y muy prudente : ¿Pues por qué no le guardas, le repuso, para tutor de tus hijos? Celebrando algunos á Teofanes de Lesbos, que era en el ejército prefecto de los artesanos, por haber dado excelentes consuelos á los Rodios en ocasion de haber perdido su armada; ¿De qué nos sirve, dijo Ciceron, tener un prefecto griego? Llevaba regularmente César lo mejor en los encuentros, y en cierta manera los tenia cercados; y diciendo Lentulo tener noticia de que los amigos de César andaban cabizbajos : Eso es decir, respondió Ciceron, que estan mal con César. Acababa de llegar de Italia un tal Marcio; y como dijese que la opinion que se tenia en Roma era que Pompeyo estaba cercado : ¿Con qué has hecho tu viaje, le repuso, para asegurarte por tus ojos de si es cierto? Diciendo despues de la derrota Nonio que debian tener buena esperanza, porque en el campamento de Pompeyo habian quedado siete águilas : Eso seria muy bueno, le replicó Ciceron, si hiciéramos la guerra á los grajos. Apoyándose Labieno en ciertos oráculos para sostener que Pompeyo seria vencedor : Sí, le respondió, con esa estratagema acabamos de perder el campamento.

Dada la batalla de Farsalia, en la que no se halló por estar enfermo, y habiendo huido Pompeyo, Caton, que habia reunido en Dirraquio bastantes fuerzas de tierra y una grande armada, deseaba que Ciceron tomara el mando, á causa de corresponderle por la ley, estando adornado de la dignidad consular; pero repugnándolo este, y huyendo enteramente de continuar la guerra, estuvo en muy poco que no se le quitara la vida, llamándole traidor Pompeyo el joven y sus amigos, y desenvainando resueltos las espadas, á no haber sido porque Caton se puso de por medio y le sacó del campamento. Arribó á Brindis, y allí se detuvo esperando á César, que tardó en llegar á Italia, por haberle llamado los negocios al Asia y al Egipto. Cuando supo que habia desembarcado en Tarento, y que desde allí se dirigia por tierra á Brindis, le salió al encuentro, no sin alguna esperanza, aunque avergonzado de tener que ir á mirar la cara

de un enemigo victorioso á presencia de muchos; pero no le fue necesario decir ó hacer cosa que no le estuviese bien : porque César, luego que vió que adelantándose á los demás iba á recibirle, se apeó, le abrazó y caminó hablando con él solo algunos estadios. Desde entonees siempre le tuvo consideracion, y lo trató con aprecio : tanto que en el libro que escribió contra el elogio que de Caton habia formado Ciceron, le celebró este mismo opúsculo, y tributó alabanzas á su vida, que dijo tenia gran semejanza con las de Pericles y Terámenes. Intitulóse el escrito de Ciceron *Caton*, y *Anticaton* el de César. Refiérese que siendo acusado Quinto Ligario por haber sido uno de los enemigos de César, y defendiéndole Ciceron, dijo César á sus amigos : ¿Qué inconveniente hay en oír al cabo de tanto tiempo á Ciceron, cuando su cliente está ya juzgado tan de antemano por malo y por enemigo? Mas sin embargo Ciceron desde que empezó á hablar movió extraordinariamente su ánimo, y habiendo sido aquella oracion maravillosa en la parte de excitar las pasiones y en la gracia de la elocucion, observaron todos que César mudó muchas veces de color, y que se hallaba combatido de diferentes afectos. Finalmente cuando el orador llegó á tratar de la batalla de Farsalia, su agitacion fue violenta hasta temblarle todo el cuerpo, y caérsele algunos memoriales de la mano; de modo que vencido de la elocuencia absolvió á Ligario de la causa.

Desde aquella época, habiendo el gobierno degenerado en monarquía, retirado de los negocios públicos, se dedicó á la filosofía con los jóvenes que quisieron cultivarla; que siendo de los mas ilustres y principales, por su trato con ellos volvió á tener en la ciudad el mayor influjo. Habíase aplicado á escribir y á traducir diálogos filosóficos, trasladando á la lengua latina los nombres usados en la dialéctica y la física : porque se dice haber sido el primero que introdujo los nombres de *fantasia*, *catatesis*, *época*, *catalepsis* y ademas *átomo*, *ameres* y *quenon* (1); á lo menos el que mas los dió á conocer á los Romanos, usando de metáforas, y de otras ex-

(1) Significan estos nombres : vision interior, asenso, detenimiento del asenso, comprension, átomo lo que no tiene partes y el vicio.

presiones acomodadas con singular industria y diligencia. Divertíase con poner á veces en ejercicio la gran facilidad que tenia en hacer versos : pues se dice que cuando le daba esta humorada hacia en una noche quinientos. Habiendo pasado la mayor parte de este tiempo en su quinta Tusculana, escribió á sus amigos que hacia la vida de Laertes, ó por juego y chiste, como lo acostumbraba, ó por prurito de ambicion de mando, no llevando bien el retiro. Rara vez venia á la ciudad como no fuese para visitar á César; y entonces era el primero que suscribia á los honores que se le decretaban, y que se decia alguna cosa nueva en elogio de su persona y de sus hechos, como fue la relativa á las estatuas de Pompeyo, que César mandó levantar y colocar, habiendo sido antes derribadas : porque dijo Ciceron que César con este acto de humanidad levantaba las estatuas de Pompeyo, para afirmar mas las suyas.

Tenia pensado, segun se dice, escribir la historia romana, entreteniendo con ella gran parte de la griega, y recogiendo todas las fábulas y relaciones que corrian; pero vinieron á impedirselo negocios y sucesos públicos y privados, de los cuales la mayor parte parece que se los atrajo por su gusto. Porque en primer lugar repudió á su mujer Terencia por no haber hecho cuenta de él durante la guerra, hasta el punto de haberle dejado marchar sin nada de lo que necesitaba para el viaje, y por no haberle dado muestras ningunas de aprecio y amor cuando regresó á Italia : pues habiéndose detenido mucho tiempo en Brindis, no pasó á verle; y á la hija cuando fué no le dió para un camino tan largo las prevenciones y acompañamiento que eran correspondientes á una jóven de su calidad; y sin embargo le dejó la casa vacía y desprovista de todo, sobre haber contraido muchas y grandes deudas, porque estas fueron las causas mas honestas que se prestaron para este divorcio. Negábalas Terencia, y el mismo Ciceron fue quien mejor hizo su apología, casándose de allí á poco con una doncella, segun Terencia lo hizo correr, prendado de su figura; pero segun escribió Tiron, liberto de Ciceron, por mira de mejorar su casa y pagar sus deudas. Porque aquella jóven era muy rica, y Ciceron que

tenia su herencia en fideicomiso, por este medio la conservó en su poder. Como debiese pues grandes sumas, sus amigos y deudos le indujeron á que en una edad ya impropia se casara con aquella mocita, y se librara de los acreedores, echando mano de sus bienes; pero Antonio, haciendo mencion de este casamiento en sus oraciones contra las Filípicas, dice que echó de su lado á una mujer en cuya compañía se habia hecho viejo, motejándole con gracia que habia sido un hombre que se habia estado metido en casa ocioso y sin hacer el servicio militar. Despues de este casamiento, á poco tiempo de él, se le murió de sopreparto la hija casada con Lentulo, con quien se habia enlazado despues de la muerte de Pison, su primer marido. Ajudieron de todas partes los filósofos á dar consuelo á Ciceron, tan sentido por la muerte de la hija, que repudió á su nueva esposa, por parecerle que se habia alegrado de la muerte de Tulia.

Estos fueron los sucesos domésticos de Ciceron, el cual ninguna parte tuvo en la conjuracion para la muerte de César, no obstante ser uno de los mayores amigos de Bruto; hacérsele insoportable el estado en que habian venido á parar las cosas, y parecer que deseaba el restablecimiento de la república como el que mas; y es que los conjurados habian temido á su carácter falto de valor, y á aquel desgraciado tiempo, en que aun los mas firmes y mejor constituidos habian perdido la resolucion y osadía. Ejecutado aquel hecho por Bruto y Casio, como los amigos de César se tumultuasen, y volviese á renacer el miedo de que la ciudad cayese otra vez en la guerra civil, Antonio, que era cónsul, congregó el Senado, y habló brevemente de concordia; pero Ciceron, extendiéndose mas acerca de lo que las circunstancias exigian, persuadió al Senado á que imitando lo que en caso igual se habia hecho en Atenas, publicase una amnistia con motivo de lo ocurrido con César, y á Casio y Bruto les asignara provincias. Mas esto no sirvió de nada, porque el pueblo, que ya por sí mismo se habia movido á compasion cuando vió que pasaban por la plaza el cadáver, y Antonio le mostró la túnica de César llena de sangre y acerbillada á puñaladas, furioso y sosiego de ira, en la mis-

ma plaza anduvo buscando á los matadores, y con tizonos encendidos corrieron muchos á las casas de estos para darles fuego; y aunque de este peligro se salvaron con guardarse y precaverse, temiendo otros muchos no menores que él, tuvieron que abandonar la ciudad.

Esto dió osadía á Antonio, y si á todos infundió temor, pareciéndoles que usurparía una autoridad monárquica, mucho mayor se le causó á Ciceron: porque viendo que el poder de este en la república habia adquirido fuerza y sabiendo que era del partido de Bruto, abiertamente se mostraba incomodado con su presencia: ademas de que siempre estaban recelosos el uno del otro por la semejanza de su conducta y por sus antiguas disensiones. Temeroso pues Ciceron, intentó primero pasar de legado con Dolabela á la Siria; pero habiéndole rogado los que despues de Antonio iban á ser cónsules, Hircio y Pansa, varon de probidad y amantes de Ciceron, que no los abandonase, pues le ofrecian oprimir á Antonio si él se quedaba; no creyéndolos del todo, ni tampoco dejándolos de creer, no hizo ya cuenta de Dolabela; y diciendo á Hircio que se iba á pasar el estío en Atenas, y que cuando hubiesen entrado en cargo volveria, sin mas autoridad se dispuso para aquel viaje. Hubo detenciones en la navegacion, y llegando desde Roma nuevos rumores cada dia á medida de su deseo: que en Antonio se notaba grande mudanza; que todo lo hacia y disponia por medio del Senado; y que no faltaba otra cosa que su presencia para que los negocios se pusieran en el mejor orden, reprendiéndose á sí mismo de sus rezelos y temores, regresó otra vez á Roma, y lo que es por lo pronto no le salieron vanas sus esperanzas: porque fue tanto el gentío que con el gozo y el deseo salió á recibirle, que casi se consumió todo el dia á la puerta en abrazos y salutations. Mas al dia siguiente congregando Antonio el Senado, y pasándole aviso, no concurrió, sino que se quedó en cama, excusándose con que estaba fatigado del viaje; pero á lo que parece lo que verdaderamente lo detenia era el temor de alguna asechanza, por cierta indicacion y sospecha que se le habia dado en el camino. Antonio se mostró muy ofendido de esta calumnia, é iba á enviar

soldados con orden de que lo trajeran ó le quemaran la casa; pero instándole y rogándole muchos, se convino en que solo se le tomaran prendas. De allí en adelante se pasaban de largo cuando se encontraban sin decirse nada el uno al otro, y estaban en mutuas sospechas: hasta que habiendo llegado de Apolonia César el jóven, admitió la herencia del otro César, y por veinticinco cuentos de dracmas que Antonio tenia en su poder de los bienes de este se indispuso con él.

En consecuencia de esto Filippo, que estaba casado con la madre del nuevo César, y Marcelo con la hermana, habiéndose dirigido con aquel jóven á Ciceron, se convinieron en que se prestarian mutuamente, Ciceron á este en el Senado y ante el pueblo el poder que nace de la elocuencia y la política; y este á Ciceron la seguridad que dan las riquezas y las armas: pues ya tenia aquel jóven á sus órdenes no pocos de los que habian hecho la guerra con César: ademas de que se tiene por cierto haber entrado Ciceron con un vivo deseo en la amistad de César. Porque, segun parece, en vida todavía de Pompeyo y Julio César se le figuró en sueños á Ciceron que llamaba al Capitolio á algunos hijos de los senadores, con el objeto de que Júpiter designara á uno de ellos por caudillo de Roma; que los ciudadanos estaban en grande espectacion alrededor del templo, y aquellos niños en toga pretexta sentados á la puerta. Abrióse esta repentinamente, y los niños se fueron levantando de uno en uno, y dieron la vuelta alrededor de la estatua del Dios, que los estuvo mirando atentamente, y los despidió descontentos; mas luego que este se le acercó, alargó la diestra y dijo: « Romanos, este dará fin á la guerra civil, siendo vuestro caudillo. »

Habiendo pues tenido Ciceron este ensueño, se dice que retuvo y conservó viva la imágen del niño, aunque no sabia quien era; pero habiendo bajado al dia siguiente al campo de Marte cuando los jóvenes volvian de ejercitarse, este fue el primero que vió cual en el sueño se habia ofrecido á su imaginacion, y admirado le preguntó quiénes eran sus padres. Era su padre Octavio, no de los mas ilustres, y su madre Acia, sobrina de César; por lo que no teniendo este hijos,

## IV.

le dejó por su testamento su hacienda y su casa. Desde entonces dicen que Ciceron veía con gusto á este niño, y le mostraba afecto, y él correspondía á sus demostraciones, porque hacia tambien la casualidad que habia nacido el año en que Ciceron fue cónsul.

Estas eran las causas que públicamente se daban; pero al principio el odio á Antonio, y despues su carácter, que no podia resistir á la ambicion, fueron los verdaderos motivos que le unieron á César; creyendo que ganaba para la república el poder de este; pues se le prestaba tan dócil y sumiso que le llamaba padre. Disgustaba esto de tal manera á Bruto, que en sus cartas á Atico se queja agriamente de Ciceron, á causa de que adulando á César por miedo de Antonio, era elaró que en vez de procurar libertad para la patria, solo buscaba para sí un señor mas benigno y humano. Mas á pesar de esto Bruto se llevó consigo al hijo de Ciceron, que se hallaba en Atenas oyendo las lecciones de los filósofos, y dándole mando, le confió algunos encargos que desempeñó con el mejor éxito. Llegó entonces á lo sumo en Roma el poder de Ciceron; y viniendo al cabo de cuanto se propuso, oprimió á Antonio, y lo obligó á salir de la ciudad, enviando á los dos cónsules Hircio y Pansa á hacerle la guerra; y obtuvo del Senado que decretara á César las fascas y todo el aparato imperatorio, como que combatía por la patria. Mas como vencido Antonio, y muertos en la guerra ambos cónsules, todo el poder se acumulase en César, temiendo el Senado á un jóven á quien tan decididamente favorecia la fortuna, trató de apartar de él las tropas con honores y con dádivas, y debilitar así su poder, bajo el pretexto de que la república no necesitaba de defensores una vez que Antonio habia huido. Temió con esto César, y envió quien rogara y persuadiera á Ciceron que procurara para ambos juntos el consulado, y dispusiera de todo como le pareciese, apoderándose de la autoridad, y tomando bajo su direccion á aquel jóven, que solo apetecia adquirir algun nombre y gloria. Confesó el mismo César que temiendo verse arruinado, y considerándose en peligro de que le dejaran solo, echó mano en tal apuro de la ambicion de Ciceron, moviéndole á

que pidiera el consulado, en el concepto de que él le daria todo favor y auxilio,

Enloquecido entonces y sacado de tino Ciceron, un anciano por aquel mozo, y engañado para que le ayudara en los comicios, y le pusiera bien con el Senado, desde luego incurrió en la reprension de sus amigos; y á bien poco conoció él mismo que se habia perdido, y habia hecho traicion á la libertad de la patria: porque luego que aquel jóven vió tan acreditado su poder, y se posesionó del consulado, al punto dió de mano á Ciceron; y hecho amigo de Antonio y Lépido, juntando en uno el poder de los tres, partió con ellos la autoridad, como pudiera haber partido una posesion. Proscribieron de muerte sobre doscientos ciudadanos, siendo la proscripcion de Ciceron la que produjo entre ellos los mayores altercados: por cuanto Antonio no se daba á partido si no moria el primero; Lépido se adheria á Antonio, y César se oponia á ambos. Tuvieron ellos solos sobre esto juntas reservadas cerca de Bolonia por tres dias, reuniéndose en un sitio próximo al campamento, cercado del rio. Dicese que habiéndose César mantenido firme en la lid por Ciceron los dos primeros dias, cedió por fin al tercero, abandonándole traidoramente. La composicion y compensacion fue de esta manera: César hizo el sacrificio de Ciceron, Lépido el de su hermano Paulo, y Antonio el de Lucio César, que era tio suyo de parte de madre. Hasta este punto la ira y el furor les hizo perder la razon, no dejando duda de que el hombre es la mas cruel de todas las fieras, cuando á las pasiones se une el poder.

Mientras esto pasaba, Ciceron residia en sus campos de Tusculana, teniendo en su compañía á su hermano. Luego que supieron las proscripciones, determinaron trasladarse á Astur, posesion litoral del mismo Ciceron, y desde allí pasar á la Macedonia á ponerse al lado de Bruto., porque las voces que corrian eran de que se hallaba con fuerzas superiores. Caminaban en literas muy abatidos con la pesadumbre; y parándose en el camino, puestas las literas una en par de la otra, se lamentaban juntos de su suerte. El mas desalentado era Quinto, á quien afligia ademas la idea de la falta de pre-